

Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana

.....

SARA MARÍA LARA FLORES



PROCURADURIA
AGRARIA



PREMIO ESTUDIOS AGRARIOS 1997

Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana

Sara María Lara Flores



Juan Pablos Editor
Procuraduría Agraria

México, 1998

Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana

Sara María Lara Flores

NUEVAS EXPERIENCIAS PRODUCTIVAS Y NUEVAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN FLEXIBLE DEL TRABAJO EN LA AGRICULTURA MEXICANA de Sara María Lara Flores

Primera edición, 1998

© Juan Pablos Editor, S.A. Mexicali 39, México 06100, D.F.

© Procuraduría Agraria Motolinía 11, Col. Centro C.P. 06000, México, D.F.

ISBN 968-6454-91-8

Reservados los derechos Impreso en México

Índice

Agradecimientos	9
Presentación	13
Introducción	17
Primera parte	
I. EL DEBATE SOBRE LA FLEXIBILIDAD Y LOS NUEVOS MODELOS PRODUCTIVOS	27
Crisis y flexibilidad	27
Flexibilidad y nuevos modelos productivos	37
II. GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA Y FLEXIBILIDAD PRODUCTIVA EN LA AGRICULTURA	60
Los orígenes de la modernización agrícola: de la mecanización simple a la "tractorización"	60
El papel de las transnacionales en el surgimiento de un nuevo orden agroalimentario mundial	69
El tercer periodo del desarrollo capitalista en la agricultura: la emergencia de una "agricultura flexible"	74
III. EFECTOS DE LA FLEXIBILIDAD PRODUCTIVA EN EL MERCADO DE TRABAJO	93
El problema de la segmentación	94
El problema de la segregación	105
El problema de la calificación	107

IV. FLEXIBILIDAD EN EL MERCADO DE TRABAJO RURAL Y RELACIONES DE GÉNERO	120
La incertidumbre como elemento característico del mercado de trabajo rural	120
Características del mercado de trabajo en el primer periodo de desarrollo capitalista de la agricultura . . .	123
Características del mercado de trabajo rural en la segunda fase de desarrollo capitalista de la agricultura	127
Características del mercado de trabajo en la fase actual del desarrollo capitalista en la agricultura	134

Segunda parte

V. LA PRODUCCIÓN DE TOMATE DE EXPORTACIÓN EN EL ESTADO DE SINALOA: UN EJEMPLO DE PRODUCCIÓN AGRÍCOLA MASIVA QUE SE FLEXIBILIZA	149
Importancia de la producción de tomate en Sinaloa	149
El primer periodo del desarrollo de la horticultura sinaloense (desde principios de siglo hasta 1959): características de una producción de tipo artesanal . .	153
El segundo periodo: características de una producción en masa (1959-1982)	164
El tercer periodo (1982 a la fecha): agricultura flexible y empleo precario	178
VI. LA PRODUCCIÓN DE FLORES DE CORTE EN EL ESTADO DE MÉXICO: UN EJEMPLO DE PRODUCCIÓN FLEXIBLE	216
Ubicación de México en el mercado mundial	216
Importancia de la producción de flores de corte en el Estado de México	221
Características de la producción de flores de corte durante el <i>boom</i> de la floricultura	225
Nuevas tendencias en la restructuración de las empresas florícolas y en el empleo	259
Conclusiones	277
Bibliografía	285

En el Estado de México pasaba algo similar: las mujeres que trabajan en las empresas son hijas de pequeños productores campesinos, con tradición de floricultores. Además, se han incorporado a las empresas entre los 14 y 17 años; o sea que no es su feminidad lo que las acerca a las flores, sino sus años de experiencia.

En cuanto a los indígenas que llegan a las cosechas de hortalizas a Sinaloa, pude darme cuenta que lo que explicaba su empleo en esta tarea era una compleja situación relacionada con sus lugares de origen, como regiones expulsoras de mano de obra, así como toda una estrategia de gestión y aprovisionamiento de fuerza de trabajo por parte de las empresas.

Así fue como me introduje en un complicado campo de análisis en el medio rural: el del mercado de trabajo; un espacio muy poco estudiado hasta la fecha, a pesar de la importancia que reviste, dada la magnitud de la población que engloba y los problemas sociales que genera.

Los estudios pioneros que se realizaron en México sobre el mercado de trabajo se llevaron a cabo en las décadas de los setenta y ochenta (Paré, 1977; Aguirre-Beltrán y C. de Grammont, 1982; C. de Grammont, 1986). Dichos estudios, más que analizar al mercado, se referían a los trabajadores agrícolas y hacían hincapié en un proceso que supuestamente iba a llevar a la inminente "proletarización" del campesinado pobre o sin tierras. Más tarde, Astorga (1985) analizó el mercado de trabajo propiamente dicho como el lugar donde se "consume" la fuerza de trabajo campesina, después de haber pasado por varias fases de promoción, recolección, transporte y almacenamiento, al igual que cualquier otra mercancía que responde a las leyes de la oferta y la demanda.

Por su enfoque, tales estudios tomaron como base a un asalariado que se pensó siempre en masculino y de edad adulta. Para dar cuenta de su heterogeneidad se realizaron complejas tipologías que clasificaban tanto a los trabajadores como a las empresas que los contrataban (Aguirre-Beltrán y C. de Grammont, 1982; C. de Grammont, 1986). También se intentó establecer un vínculo entre el tipo de producto y de trabajadores contratados para explicar la demanda específica de fuerza de trabajo femenina, infantil o indígena en determinados cultivos (Astorga, 1985).

Más tarde aparecieron en América Latina varios estudios sobre la participación cada vez mayor de mujeres en el mercado de trabajo rural, especialmente en las agroindustrias y en la producción y acondicionamiento de varios productos de exportación (Arizpe y Aranda,

1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Roldán, 1981; Rooner, 1981). Tales estudios pueden considerarse pioneros en su campo porque fueron los primeros en estudiar las condiciones de vida y de trabajo de las asalariadas agrícolas, lo cual dio visibilidad social a un grupo del cual se conocía muy poco. Sin embargo, el enfoque que utilizaron puso atención particular en "las mujeres", y las estudió como una especificidad dentro del mercado de trabajo rural, no como parte de un espacio en donde se reproducen las relaciones de género.

Mi investigación tiene un enfoque diferente. A pesar de mi interés inicial por entender la incorporación cada vez mayor de mujeres al mercado de trabajo, mi objetivo no fue solamente dar cuenta del proceso de feminización de este sector, sino entender dicho fenómeno como resultado de un proceso más amplio de *flexibilización de las relaciones productivas* de la agricultura que afecta a todos los sectores económicos, repercute en el mercado de trabajo y modifica su estructura y composición.

Actualmente nadie duda que la agricultura mexicana es escenario de importantes cambios. No obstante, tales cambios apenas empiezan a estudiarse como parte de un proceso de restructuración que ha sido analizado ampliamente en la industria y en el sector de servicios, desde hace más de dos décadas, quizá porque apenas resultan evidentes en el mundo rural.

El estudio de la restructuración de diversas ramas industriales ha despertado importantes polémicas teóricas y ha permitido acuñar nuevos conceptos (posfordismo, neofordismo, especialización flexible, producción ajustada, producción reflexiva). Sin menoscabo de los enfoques que han enriquecido los estudios agrarios y rurales hasta la fecha, resulta interesante aproximarse a estos conceptos y a las metodologías que han permitido explicar las transformaciones que se dan actualmente en el conjunto de los sectores económicos.

Este libro representa un esfuerzo de acercamiento a ese campo analítico, sin tener la pretensión de forzar las herramientas teóricas ni las realidades, en gran medida porque pueden encontrarse similitudes entre los sectores de la producción, a pesar de las fuertes diferencias que caracterizan a la agricultura. También parece justificable analizar un proceso de tan amplias magnitudes que ha llevado a hablar no sólo de nuevos modelos productivos, sino de nuevos modelos de acumulación.

En primer lugar, el libro comienza presentando el debate actual sobre la *flexibilidad*, un concepto que se ha vuelto central en los aná-

Al hacer una visita a los campos tomateros de Sinaloa, algo llamó mi atención y me hizo emprender el presente estudio: ¿por qué trabajan tantas mujeres en los empaques de hortalizas y en los invernaderos de plántulas? ¿Y por qué tantos indígenas en la cosecha? Después pude darme cuenta de que sucedía algo similar en la producción de flores de corte en el Estado de México, en donde predomina el trabajo femenino, al igual que en varios cultivos destinados a la exportación, no sólo en México sino en varios países de América Latina.

Todas las veces que pregunté a empleadores y patrones por qué ocupaban solamente mujeres para la selección y el empaque, me respondieron que las mujeres eran “naturalmente más finas, más hábiles y rápidas para el manejo de esos productos”. En Sinaloa, incluso, me plantearon que era lógico que las mujeres, quienes cocinaban todos los días utilizando tomates, supieran cómo seleccionarlos y empacarlos. En el Estado de México me dijeron que “las flores eran como las mujeres y por eso se entendían”. También argumentaban que los indígenas son más aptos para la cosecha por estar acostumbrados a realizar tareas rudas y por ser bajos de estatura, pues tienen que agacharse menos para cortar los frutos.

No obstante, cuando supe que en Sinaloa la mayoría de las trabajadoras eran nietas o bisnietas de otras mujeres que fueron empacadoras de hortalizas desde los años veinte, entendí que la destreza de las mujeres en los empaques e invernaderos de hortalizas no era una capacidad “natural” sino algo aprendido. De niñas, esas mujeres habían pasado sus vacaciones seleccionando el tomate de “rezaga” (el que ya no alcanza la calidad de exportación), para recibir al final de la temporada una “propina”. Así, la que parecía una habilidad natural había sido adquirida cuando ayudaban a sus madres o a sus hermanas en esos mismos empaques.

En el Estado de México pasaba algo similar: las mujeres que trabajan en las empresas son hijas de pequeños productores campesinos, con tradición de floricultores. Además, se han incorporado a las empresas entre los 14 y 17 años; o sea que no es su feminidad lo que las acerca a las flores, sino sus años de experiencia.

En cuanto a los indígenas que llegan a las cosechas de hortalizas a Sinaloa, pude darme cuenta que lo que explicaba su empleo en esta tarea era una compleja situación relacionada con sus lugares de origen, como regiones expulsoras de mano de obra, así como toda una estrategia de gestión y aprovisionamiento de fuerza de trabajo por parte de las empresas.

Así fue como me introduje en un complicado campo de análisis en el medio rural: el del mercado de trabajo; un espacio muy poco estudiado hasta la fecha, a pesar de la importancia que reviste, dada la magnitud de la población que engloba y los problemas sociales que genera.

Los estudios pioneros que se realizaron en México sobre el mercado de trabajo se llevaron a cabo en las décadas de los setenta y ochenta (Paré, 1977; Aguirre-Beltrán y C. de Grammont, 1982; C. de Grammont, 1986). Dichos estudios, más que analizar al mercado, se referían a los trabajadores agrícolas y hacían hincapié en un proceso que supuestamente iba a llevar a la inminente "proletarización" del campesinado pobre o sin tierras. Más tarde, Astorga (1985) analizó el mercado de trabajo propiamente dicho como el lugar donde se "consume" la fuerza de trabajo campesina, después de haber pasado por varias fases de promoción, recolección, transporte y almacenamiento, al igual que cualquier otra mercancía que responde a las leyes de la oferta y la demanda.

Por su enfoque, tales estudios tomaron como base a un asalariado que se pensó siempre en masculino y de edad adulta. Para dar cuenta de su heterogeneidad se realizaron complejas tipologías que clasificaban tanto a los trabajadores como a las empresas que los contrataban (Aguirre-Beltrán y C. de Grammont, 1982; C. de Grammont, 1986). También se intentó establecer un vínculo entre el tipo de producto y de trabajadores contratados para explicar la demanda específica de fuerza de trabajo femenina, infantil o indígena en determinados cultivos (Astorga, 1985).

Más tarde aparecieron en América Latina varios estudios sobre la participación cada vez mayor de mujeres en el mercado de trabajo rural, especialmente en las agroindustrias y en la producción y acondicionamiento de varios productos de exportación (Arizpe y Aranda,

1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Roldán, 1981; Rooner, 1981). Tales estudios pueden considerarse pioneros en su campo porque fueron los primeros en estudiar las condiciones de vida y de trabajo de las asalariadas agrícolas, lo cual dio visibilidad social a un grupo del cual se conocía muy poco. Sin embargo, el enfoque que utilizaron puso atención particular en "las mujeres", y las estudió como una especificidad dentro del mercado de trabajo rural, no como parte de un espacio en donde se reproducen las relaciones de género.

Mi investigación tiene un enfoque diferente. A pesar de mi interés inicial por entender la incorporación cada vez mayor de mujeres al mercado de trabajo, mi objetivo no fue solamente dar cuenta del proceso de feminización de este sector, sino entender dicho fenómeno como resultado de un proceso más amplio de *flexibilización de las relaciones productivas* de la agricultura que afecta a todos los sectores económicos, repercute en el mercado de trabajo y modifica su estructura y composición.

Actualmente nadie duda que la agricultura mexicana es escenario de importantes cambios. No obstante, tales cambios apenas empiezan a estudiarse como parte de un proceso de reestructuración que ha sido analizado ampliamente en la industria y en el sector de servicios, desde hace más de dos décadas, quizá porque apenas resultan evidentes en el mundo rural.

El estudio de la reestructuración de diversas ramas industriales ha despertado importantes polémicas teóricas y ha permitido acuñar nuevos conceptos (posfordismo, neofordismo, especialización flexible, producción ajustada, producción reflexiva). Sin menoscabo de los enfoques que han enriquecido los estudios agrarios y rurales hasta la fecha, resulta interesante aproximarse a estos conceptos y a las metodologías que han permitido explicar las transformaciones que se dan actualmente en el conjunto de los sectores económicos.

Este libro representa un esfuerzo de acercamiento a ese campo analítico, sin tener la pretensión de forzar las herramientas teóricas ni las realidades, en gran medida porque pueden encontrarse similitudes entre los sectores de la producción, a pesar de las fuertes diferencias que caracterizan a la agricultura. También parece justificable analizar un proceso de tan amplias magnitudes que ha llevado a hablar no sólo de nuevos modelos productivos, sino de nuevos modelos de acumulación.

En primer lugar, el libro comienza presentando el debate actual sobre la *flexibilidad*, un concepto que se ha vuelto central en los aná-

lisis sobre la restructuración productiva; analiza las formas en que este concepto se vincula con los distintos diagnósticos formulados sobre la crisis y se revisan las tres experiencias más utilizadas para hablar de flexibilidad en la industria: la especialización flexible, el modelo japonés y el caso sueco de Udevalla.

En segundo lugar, se replantea el debate del posfordismo para el caso de la agricultura. Después de revisar los principales momentos de cambio en este sector, se ubica el momento actual como un periodo complejo de restructuración que permite el surgimiento de una *agricultura flexible*. Sin embargo, se descarta todo pensamiento binario o etapista que supone que dicha restructuración avanza de una producción basada en normas masivas a una de carácter posfordista.

En la agricultura flexible se combinan distintas formas de producir para cumplir con la diversidad de objetivos que actualmente tiene este sector. Por un lado, se mantiene una oferta de productos masivos para consumos populares y materias primas que no plantean exigencias de calidad importantes y, a la vez, se busca competitividad internacional al incorporar en ciertos productos selectos o “de nicho” normas de calidad que rigen los mercados actuales (productos biológicos, sanos, estéticos, exóticos).

En tercer lugar, se estudian los efectos de la restructuración en el mercado de trabajo y se desarrollan los conceptos y las corrientes teóricas que permiten entender por qué las nuevas modalidades productivas no eliminan los problemas de *segmentación* de la fuerza de trabajo ni resuelven las asimetrías de clase y género. Más bien reproducen desigualdades sociales y provocan desempleo, o formas de empleo precario, aun en los países ricos y en las ramas de punta del sector industrial.

Se plantea que la presencia de nuevos modelos productivos no parece mostrar una sola tendencia dominante en las formas de explotación del trabajo. Mientras en las empresas de punta se instauran formas modernas de organización del trabajo (círculos de calidad, equipos de trabajo, pago por productividad, recalcificación obrera, etcétera), en las empresas subcontratistas se mantienen formas de trabajo en cadena o modalidades de producción artesanal, con salarios “a destajo”, sin contratos, sin horarios establecidos y otras formas precarias de empleo. Dicha situación parece mostrar un estilo de operación en sí mismo, más que la persistencia de viejas formas que irían quedándose atrás en un futuro posfordista. En este sentido, coinci-

mos con el planteamiento hecho por Enrique de la Garza (1996) cuando afirma que la restructuración genera “flexibilidades realmente existentes” en las cuales se reúnen distintos métodos de producción y de organización del trabajo que no resultan, en sí, excluyentes ni contradictorios.

En la agricultura, la restructuración sigue caminos propios que tienden a lograr una mayor flexibilidad productiva al apoyarse en diferentes formas de *minorización* o discriminación de los trabajadores, lo que lleva a su *exclusión*. Para las mujeres, la exclusión se expresa en el mercado de trabajo rural como una desvalorización de sus competencias y restricción de su acceso a puestos considerados y retribuidos como “calificados”; en tanto que para la población indígena y migrante se concreta, sobre todo, en las condiciones laborales y de vida que se ofrecen a estos trabajadores.

Tal manera de organizar la fuerza de trabajo genera un mercado de trabajo segmentado. Sin embargo, en este libro se sostiene que no se trata de una segmentación que dé como resultado mercados primarios, los cuales se caracterizan por la contratación de trabajadores calificados, con las mejores condiciones laborales; y, por otro lado, mercados secundarios, con trabajadores no calificados y las peores condiciones de trabajo, como lo plantea la teoría del mercado dual.

Después de una revisión histórica de cómo se ha ido conformando el mercado de trabajo rural, la presente obra concluye que más bien hay una generalización de condiciones de trabajo precario, que se sostienen en un mercado segmentado por género y etnia, lo cual crea un mosaico de situaciones de exclusión y minorización que dificultan la unidad de los trabajadores.

La composición heterogénea de este mercado no es producto del azar. En lo que respecta a los trabajadores, responde a estrategias relacionadas con las necesidades de reproducción de sus familias y de sus comunidades de origen. En lo tocante a las empresas, resulta de la manera como se gestiona el trabajo y el empleo al utilizar y desarrollar las capacidades socialmente diferenciadas de los trabajadores. En la mayor parte de los casos, son calificaciones tácitas aprovechadas por los empleadores, o calificaciones adquiridas en las empresas pero que no son reconocidas, lo cual explica en buena medida la incorporación cada vez mayor de las mujeres en ciertas fases productivas.

Estas formas de gestión se modifican constantemente de acuerdo con las tecnologías y las nuevas formas de organización flexible del

trabajo que se ponen en marcha con la restructuración. De la misma manera, tienen que ver con la capacidad organizativa y de respuesta de los y las trabajadoras. Así, el mercado de trabajo rural se concibe no como un lugar donde coinciden oferta y demanda, sino como un espacio dinámico que se transforma constantemente, en el cual se reproducen las relaciones que caracterizan al conjunto de la sociedad, relaciones que se sustentan sobre asimetrías de clase, de género, étnicas y generacionales.

El trabajo analiza dos regiones: la primera es una vieja zona hortícola en el estado de Sinaloa; la segunda, un área productora de flores de corte de reciente despegue. El principal destino de los productos de esas dos regiones es Estados Unidos; han sido precisamente las exigencias de calidad de dicho mercado, y el proceso de globalización económica, lo que ha obligado a modernizar los procesos productivos. No obstante, se observa que la restructuración no ha seguido un sólo camino ni ha significado una ruptura con los métodos de producción anteriores.

En los dos casos, el estudio demuestra la complejidad del cambio. En particular, destaca que la restructuración supone un balance de las empresas entre *inercia e irreversibilidad* (Byé y Fonte, 1994) para determinar qué cambios resultan rentables, de tal manera que no apuesten toda su competitividad a un solo factor.

En este trabajo se estudia la evolución que ha tenido en Sinaloa la producción del tomate, cultivo destacado por su importancia en el total nacional de exportaciones de hortalizas. La investigación de este caso se basó en varias temporadas de trabajo de campo, en las cuales se hizo un registro minucioso del proceso de producción, a la vez que se levantaron entrevistas con algunos de los primeros agricultores que comenzaron a cultivar dicho producto para exportarlo, así como con trabajadores y trabajadoras que habían participado en los primeros campos y empaques de hortalizas. Esto nos permitió definir con precisión los cambios más importantes en las tecnologías y en la organización del trabajo a lo largo de seis décadas.

En el Estado de México tuve la gran oportunidad de estudiar a fondo el surgimiento de las primeras empresas productoras de flores de corte, y las transformaciones que se llevaron a cabo en el que ahora es el principal consorcio florícola del país. Eso me permitió determinar los efectos de la crisis en las empresas y los cambios que tuvieron lugar al restructurarse dicho consorcio. Al mismo tiempo, apliqué un cuestionario a 245 de sus trabajadores y trabajadoras y, en

una muestra de 87 casos, analicé el fenómeno de rotación, así como las trayectorias laborales de hombres y mujeres que participan en este sector.

En el caso de Sinaloa, el libro estudia los cambios tecnológicos que se han ido dando a lo largo del tiempo en la producción de tomate, y se observa cómo con la restructuración se introducen nuevas tecnologías pero se mantiene una rigidez en la organización del trabajo que adopta formas de empleo tradicionales; mientras que en la producción de flores se tiende a suplir las limitaciones de las tecnologías viejas mediante un uso flexible de la fuerza de trabajo, lo que significa no sólo una amplia disponibilidad de la mano de obra y formas de empleo precario (como en Sinaloa) sino, además, mayores exigencias en términos de *calificación y polivalencia*.

Dicha precisión en lo que se refiere a los distintos tipos de flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo me parece importante, porque lo más común es vincularla directamente con la capacidad de contratar y despedir a los trabajadores, de adaptar sus horarios a las necesidades de las empresas y a los requerimientos del mercado, o de instaurar formas salariales menos rígidas. De esta manera, se considera automáticamente como sinónimo de *precarización* del empleo y del trabajo; sin embargo, este tipo de flexibilidad no es nuevo en la agricultura ni resulta un mecanismo particular de la restructuración que se produce después de la crisis. No olvidemos que, por sus características, la agricultura ha sido tradicionalmente un sector muy flexible; no sólo en lo que se refiere a la organización de los procesos productivos, sino en la adaptación de la fuerza de trabajo a los requerimientos de tales procesos. Lo realmente nuevo de la agricultura al ponerse en marcha los procesos de restructuración es la combinación de esta *flexibilidad cuantitativa* con una *flexibilidad cualitativa* que se expresa en el contenido de las calificaciones obreras y en nuevas formas de organizar el trabajo.

Quiero señalar que en este libro abordé un problema rural a partir de la sociología del trabajo; una disciplina cuya tradición se ha forjado en el sector industrial y, por lo mismo, utiliza conceptos que han sido construidos a partir de experiencias de este sector, lo que me planteó algunos problemas, aunque más bien me reportó ventajas. En primer lugar, me permitió explicar una problemática, no sólo a partir de los cambios que se presentan actualmente en la agricultura, sino como parte de un proceso que, con la globalización, repercute en el conjunto de los sectores productivos. En segundo lugar, me abrió todo

un campo conceptual y metodológico no explorado, para explicar el proceso de *reestructuración* de la agricultura.

No obstante la riqueza teórica y metodológica que encontré en este campo analítico, dos ejes me llevaron a cuestionar varias de las concepciones acuñadas por esta rama de la sociología. El primero, las *relaciones de género*, discute la validez de los conceptos que han sido construidos partiendo de que lo universal es masculino. El segundo eje confronta los planteamientos de una teoría basada prácticamente en el sector industrial y en ramas de punta, con una realidad que integra las "particularidades" del sector agrícola.

Estos ejes me llevaron a revisar, por ejemplo, el concepto de *calificación* en distintas corrientes, y a entender que no sólo era el sentido común de empleadores y patrones lo que desvalorizaba los saberes femeninos sino la sociedad entera. Empero, la teoría no ayuda a salir de esa noción sexista; más bien la refuerza, de tal manera que es necesario acotar los aspectos que han sido soslayados al construir este concepto.

Por otro lado, dicho enfoque me permitió mostrar que la flexibilidad no es sólo la conocida mediante los modelos "ideales" que se han elaborado tomando como base determinadas experiencias con éxito en el sector industrial. Concluyo que es una construcción social concretada en determinadas realidades, agrarias o industriales, femeninas y masculinas. De esta manera, no se pueden considerar como "irregularidades" los problemas que se generan en la agricultura ni ver como excepción la situación del empleo en el mercado de trabajo, especialmente en lo que respecta a las mujeres y a otros sectores en desventaja.

Como puede verse, el recorrido para contestarme una pregunta que parecía simple ha sido complejo, porque me ha obligado todo el tiempo a repensar cómo los conceptos de la sociología del trabajo pueden concretarse en el caso de un sector en el cual los procesos laborales se construyen sobre bienes naturales (la naturaleza), para dar como resultado productos (también naturales), situación que genera incertidumbres tanto en el mercado como en el trabajo.

Por falta de tiempo, he tenido que dejar de lado varios puntos de importancia, y porque rebasaban en mucho los objetivos de la presente investigación, pero que sin duda quedan en una agenda para desarrollarse en un futuro y tener una visión de conjunto de la problemática del mercado de trabajo rural.

Primera parte